

minotauro

PHILIP K. DICK

EL MUNDO QUE
JONES CREÓ



PHILIP K. DICK

EL MUNDO QUE JONES CREÓ

minotauro

El mundo que Jones creó

© 1956, Philip K. Dick
All rights reserved

Originally published as *The Word Jones Made*

Publicación de Editorial Planeta S.A. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona.
Copyright © 1991 Editorial Planeta S.A., sobre la presente edición.
Reservados todos los derechos.

Traducción: © Juan Pascual Martínez, 2018

ISBN: 978-84-450-1210-9
Depósito legal: B. 17.400-2021
Printed in EU / Impreso en UE.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Inscríbete en nuestra newsletter en: www.edicionesminotauro.com
Facebook/Instagram: @EdicionesMinotauro
Twitter: @minotaurolibros

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como papel ecológico y procede de bosques gestionados de manera sostenible

1

La temperatura del Refugio variaba entre los 37 y los 38 grados Celsius. El aire estaba constantemente cargado de vapor, que flotaba y se rizaba con lentitud por todas partes. Los géiseres de agua caliente salían a borbotones de un «suelo» que no era más que una superficie inconstante de limo caliente compuesto de agua, minerales disueltos y pulpa fungosa. Los restos de líquenes y protozoos coloreaban y espesaban la capa de humedad que goteaba por todas partes, sobre las rocas, los arbustos parecidos a esponjas y las diversas instalaciones de las que estaba provisto el lugar. Habían pintado un cuidadoso fondo, una larga meseta que surgía de un océano de aspecto profundo.

Sin lugar a dudas, el Refugio fue diseñado basándose en el útero. No se podía negar esa apariencia, y nadie la había negado, en realidad.

Louis se agachó y arrancó malhumorado un hongo de color verde pálido que crecía cerca de sus pies y luego lo rompió. Debajo de la piel orgánica húmeda había una malla de plástico hecha por la mano del hombre: el hongo era artificial.

—Podríamos estar peor —dijo Frank mientras miraba cómo arrojaba lejos el hongo—. Podríamos tener que pagar por todo esto. Seguro que al Fedgov le ha costado miles de millones de dólares montar este lugar.

—Escenografía escénica —respondió Louis con amargura—. ¿Para qué? ¿Por qué nacimos así?

Frank contestó sonriendo.

—Somos mutantes superiores, ¿recuerdas? ¿No fue eso lo que decidimos hace ya años? —Señaló el mundo que se veía más allá de la pared del Refugio—. Somos demasiado puros para eso.

Lo que se veía fuera era San Francisco, la ciudad nocturna medio dormida envuelta en su manto de niebla helada. Se veía algún coche aquí y allá; los grupos de viajeros surgían como complicados gusanos de forma segmentada de las terminales del monorraíl subterráneo. Las pocas luces de los despachos apenas brillaban... Louis le dio la espalda al paisaje. Le dolía demasiado verlo, saber que estaba allí, atrapado, inmovilizado dentro del círculo cerrado del grupo, darse cuenta de que nada existía para ellos, excepto estar sentados y mirar, los años vacíos en el Refugio.

—Tiene que haber un propósito —declaró—. Una razón para nuestra existencia.

Frank se encogió de hombros con un gesto de resignación.

—Somos un mal chiste de cuando la guerra, generados por las altísimas concentraciones de radiación. Daños genéticos. Un accidente... como Jones.

—Pero nos mantienen vivos —dijo Irma detrás de ellos—. Después de todos estos años, nos mantienen con vida, y nos cuidan. Deben de sacar algo de todo esto. Deben de tener algo pensado.

—¿El Destino? —le preguntó Frank con voz burlesca—. ¿Nuestro propósito cósmico?

El Refugio era un lugar turbio y lleno de humedad asfixiante que mantenía encarcelados a los siete. Su atmósfera era una mezcla de amoníaco, oxígeno, freón y trazas de metano, muy cargada de vapor de agua, y sin dióxido de carbono. El Refugio lo habían construido veinticinco años antes, en 1977, y los miembros más antiguos del grupo tenían recuerdos de una vida anterior en incubadoras mecánicas separadas. La mano de obra original había sido excelente, y de vez en cuando hacían algunas mejoras. Los trabajadores humanos normales, protegidos por trajes herméticos, entraban de forma periódica en el Refugio, arrastrando sus equipos de mantenimiento tras ellos. Por lo general, era la fauna móvil la que se descomponía y necesitaba reparaciones.

—Si tuvieran un propósito para nosotros, nos lo dirían —afirmó Frank. Él confiaba en las autoridades del Fedgov que se encargaban del Refugio—. El doctor Rafferty nos lo diría, lo sabéis.

—Yo no estoy tan seguro —respondió Irma.

—Dios —exclamó Frank con cierto enojo—, no son nuestros enemigos. Si quisieran, podrían acabar con nosotros en cuestión de un segundo, y no lo han hecho, ¿verdad? Podrían dejar que la Liga Juvenil entrara aquí, a por nosotros.

—No tienen derecho a mantenernos aquí —protestó Louis.

Frank suspiró.

—Si saliéramos ahí fuera —dijo con cuidado, como si estuviera hablando con niños—, moriríamos.

En el reborde superior de la pared transparente había un respiradero a presión con una serie de válvu-

las de seguridad. Un leve miasma de gases ácidos entraba goteando y se mezclaba con la familiar humedad de su propio aire.

—¿Hueles eso? —inquirió Frank—. Así es ahí fuera. Es un ambiente hostil, frío y letal.

—¿Alguna vez se te ha ocurrido que quizá eso que se filtra es deliberadamente falso? —le preguntó Louis.

—A todos se nos ha ocurrido —respondió Frank—. Cada dos años más o menos. Entramos en nuestra etapa de paranoia y empezamos a planear cómo escapar. Solo que no tenemos que planearlo; lo único que tenemos que hacer es salir. Nadie nos lo ha impedido nunca. Somos libres de salir de este cuenco lleno de vapor excepto por un único hecho: no podríamos sobrevivir ahí fuera. Simplemente, no somos lo bastante fuertes.

Junto a la pared transparente, a unos treinta metros de distancia, estaban los otros cuatro miembros del grupo. La voz de Frank llegó hasta ellos, un sonido hueco y distorsionado. Garry, el más joven del grupo, levantó la vista. Se quedó escuchando durante un momento, pero no oyó nada más.

—Está bien —dijo Vivian con impaciencia—. Vamos. Garry asintió.

—Adiós, útero —murmuró.

Extendió la mano y presionó el botón rojo que haría acudir al doctor Rafferty.

El doctor Rafferty dijo:

—Nuestros pequeños amigos se emocionan un poco, de vez en cuando. Han decidido que pueden enfrentarse a cualquier hombre que se encuentren. —Condujo a Cussick por la rampa ascendente—. Esto será interesante..., su primera vez. No se sorprenda, puede ser una conmoción. Son bastante diferentes a nosotros, fisiológicamente hablando.

En el undécimo nivel se veían los primeros elementos del Refugio, los sofisticados elementos que mantenían la temperatura y la atmósfera. Había médicos en lugar de policías, uniformes blancos en vez de marrones. Al llegar al decimocuarto nivel, Rafferty salió de la rampa ascendente y Cussick lo siguió.

—Lo están llamando —le dijo un médico a Rafferty—. Están muy inquietos, últimamente.

—Gracias. —Rafferty se volvió hacia Cussick—. Puede mirar por esa pantalla. No quiero que lo vean. No deberían saber nada de la guardia policial.

Una sección de muro se abrió. Al otro lado estaba el paisaje verde azulado del Refugio. Cussick observó como el doctor Rafferty cruzaba el umbral y se adentraba en el mundo artificial que había más allá. De inmediato, la figura alta estuvo rodeada de siete curiosas parodias, unas miniaturas masculinas y femeninas de formas retorcidas.

Los siete individuos se mostraban agitados, y sus frágiles pechos parecidos a los de los pájaros se ensanchaban y contraían con la emoción. Chillaron de un modo estridente, inquietos, y comenzaron a explicarse y a gesticular.

—¿Qué ocurre? —los interrumpió Rafferty.

Estaba jadeando a causa del vapor sofocante del Refugio. El sudor le caía a chorros por su cara enrojecida.

—Queremos irnos de aquí —declaró una mujer.

—Y vamos a salir —afirmó otra figura, un hombre, esta vez—. Lo hemos decidido; no pueden mantenernos encerrados aquí. Tenemos nuestros derechos.

Rafferty discutió la situación con ellos durante un rato; luego, de repente, dio media vuelta y volvió a cruzar el umbral.

—Es mi límite —le murmuró a Cussick mientras se secaba la frente—. Puedo resistir tres minutos ahí dentro. Luego el amoníaco comienza a afectarme.

—¿Va a dejar que lo intenten? —quiso saber Cussick.

—Activen la furgo —ordenó Rafferty a sus técnicos—. Que esté lista para recogerlos cuando caigan. —Se volvió hacia Cussick para explicárselo—. La furgo es un pulmón de acero móvil para ellos. No habrá demasiado riesgo; son frágiles, pero estaremos listos para recogerlos antes de que sufran daños.

No todos los mutantes querían abandonar el Refugio. Cuatro figuras vacilantes se abrieron paso por el corredor que conducía al ascensor. Detrás de ellos, sus tres compañeros permanecieron en la seguridad de la entrada, acurrucados en un grupo.

—Esos tres son más realistas —comentó el doctor Rafferty—. Y más viejos. El más fornido, el de pelo oscuro que tiene un aspecto más humano, es Frank. Son los más jóvenes los que nos dan problemas. Los haré pasar por una serie gradual de etapas para aclimatar sus sistemas vitales excesivamente vulnerables para que no se asfixien ni mueran de un paro cardíaco. —Prosiguió con preocupación—: Lo que quiero que haga es despejar las calles. No quiero que nadie los vea; ya es tarde y no habrá mucha gente fuera de sus casas, pero por si acaso...

—Llamaré a la Polseg —dijo Cussick mostrándose de acuerdo.

—¿Cuánto tardarán en hacerlo?

—Unos pocos minutos. La policía armada ahora ya es móvil, debido a Jones y las turbas.

Aliviado, Rafferty se apresuró a salir, y Cussick comenzó a buscar un teléfono de la policía de seguridad. Lo encontró, se puso en contacto con la oficina de San

Francisco y dio varias órdenes. Mientras mantenía abierto el circuito telefónico, los equipos de la policía aerotransportada comenzaron a reunirse alrededor del edificio del Refugio. Permaneció en contacto hasta que colocaron los bloqueos en las calles, y luego dejó el teléfono para buscar a Rafferty.

Los cuatro mutantes habían descendido en ascensor al nivel de la calle. Tambaleándose, palpando a su alrededor con gesto aturdido, siguieron al doctor Rafferty a través del vestíbulo, hacia las amplias puertas que llevaban al exterior.

No había peatones ni automóviles a la vista, observó Cussick; la policía había despejado por completo la zona. En la esquina, una forma sombría interrumpía la extensión de color gris: la furgó estaba aparcada, con el motor en marcha, lista para seguirlos.

—Allá van —dijo un médico que estaba de pie junto a Cussick—. Espero que Rafferty sepa lo que está haciendo. —Señaló a una de las figuras—. Esa que casi es bonita es Vivian. Es la mujer más joven. El chico es Garry, muy inteligente, muy inestable. Ese es Dieter, y su compañero es Louis. Hay un octavo, un bebé, pero todavía está en la incubadora. Aún no lo saben.

Era evidente que las cuatro figuras diminutas estaban sufriendo. Medio inconscientes, dos de ellas ya con convulsiones, se deslizaron torpemente por los escalones, tratando de mantenerse de pie. No llegaron muy lejos. Garry fue el primero en caer; se tambaleó durante un momento en el último escalón y luego se desplomó boca abajo sobre el cemento. Trató de arrastrarse para avanzar mientras su pequeño cuerpo temblaba. Los otros trastabillaron a lo largo de la acera sin apenas ver, sin darse cuenta de la forma tendida en el

suelo que había entre ellos, demasiado idos incluso para notar su existencia.

—Bueno, estamos fuera —dijo Dieter.

—Lo... lo logramos —accedió Vivian.

Se desplomó deslizándose con lentitud a lo largo de una pared, y se quedó descansando contra el costado del edificio. Un momento después, Dieter yacía tendido a su lado, con los ojos cerrados, la boca medio abierta, luchando débilmente por ponerse en pie de nuevo. Y al cabo de un momento, Louis se deslizó a su lado.

Apesadumbrados, aturcidos por lo repentino de su colapso, los cuatro yacieron acurrucados, frágiles, contra el pavimento gris, tratando de respirar, intentando mantenerse con vida. Ninguno de ellos mostró intención de moverse; el propósito de su terrible experiencia había quedado olvidado. Jadeantes, luchando por mantener la conciencia, miraron sin ver la figura erguida del doctor Rafferty.

Este se había detenido frente a ellos, con las manos en los bolsillos de la bata médica.

—Depende de ustedes —les dijo en un tono grave—. ¿Quieren continuar?

Ninguno de ellos respondió; posiblemente ni siquiera llegaron a oírlo.

—Sus sistemas vitales no aceptan el aire natural —continuó Rafferty—. Ni la temperatura. Ni la comida. Ni nada. —Miró a Cussick con una expresión de dolor en el rostro, un agudo reflejo de sufrimiento que sobresaltó al agente de seguridad—. Así que vamos a dejarlo —dijo con dureza—. Llamemos a la furgo y regresemos.

Vivian asintió débilmente; sus labios se movieron, pero no hubo sonido alguno.

Rafferty se volvió e hizo una breve señal. La furgó se puso en marcha al instante; un equipo robot descendió al pavimento y se aproximó hasta las cuatro figuras derrumbadas. Un momento después, las levantaron y los metieron en la furgó. La expedición había fallado; se había acabado. Cussick lo había podido ver. Había contemplado su lucha y su derrota.

Durante un rato, él y el doctor Rafferty se quedaron en la acera, en mitad de la fría noche, sin hablar, cada uno absorbido por sus propios pensamientos. Finalmente, Rafferty se estremeció.

—Gracias por despejar las calles —murmuró.

—Me alegro de haber tenido tiempo de hacerlo —respondió Cussick—. Habría sido malo... que algunas de las patrullas de la Liga Juvenil de Jones hubieran estado rondando por ahí.

—El eterno Jones. Realmente no tenemos ninguna posibilidad.

—Seamos como estos cuatro que acabamos de ver; sigamos intentándolo.

—Pero es verdad.

—Es verdad —admitió Cussick—. Tan cierto como que estos mutantes no pueden respirar aquí fuera. Pero colocamos los bloqueos en las calles de todos modos; las despejamos y esperamos con todas nuestras fuerzas hacerlos retroceder esta vez.

—¿Alguna vez ha visto a Jones?

—Varias veces —respondió Cussick—. Lo conocí cara a cara, antes de que montara su organización, antes de que nadie supiera de él.

—Cuando era sacerdote —reflexionó Rafferty—. Con su propia iglesia.

—Todavía antes de que pasara eso —insistió Cussick mientras recordaba.

Parecía imposible que hubiera existido un tiempo antes de Jones, un momento en el que no había la necesidad de despejar las calles. Cuando no había siluetas grises uniformadas patrullando la ciudad, reunidas en muchedumbres. El crujido de cristales rotos, los tremendos chasquidos de los incendios...

—¿Qué hacía en aquel entonces? —quiso saber Rafferty.

—Estaba en una feria —dijo Cussick.